CAMINOS PARA ORAR-1

¿ORAR CON LOS SALMOS?

## *CON EL CORAZON ANTE LOS SALMOS*

Desde hace muchos años, Señor, oro con los salmos, como experiencia que vuelve mi corazón hacia ti en cada momento del día.

Me traen a la memoria los recuerdos de tu pueblo- de ayer y de hoy y de mañana- guiado y llevado por ti mediante la fuerza de la plegaria.

Son un reflejo de las variadas circunstancias por las que pasa nuestra existencia.

No me he detenido en un análisis científico o bíblico de su origen, de si eran de David, mesiánicos o de cantos de liberación. De esto hay ya mucho escrito.

Lo que he intentado hacer es abrir mi corazón y dejar que se sienta interpelado, emocionado y alegre ante lo que tú le has sugerido.

Lo que sí he captado de cada uno de ellos es la forma excelente, profunda y armoniosa de hacer oración

en comunidad o a solas en la capilla o en mi despacho o habitación.

En cada instante he notado tu presencia envolvente y me he sentido llamado a vivir lo que recitaba con todo el fuego y el calor de mi alma.

De ellos he aprendido que, en contacto contigo, el alma se transforma serena y paulatinamente. Sin sobresaltos, sin aspaviento sino con el susurro acariciador de tu voz que llamas siempre a vivir en ti, por ti y para ti.

Y con ellos he tenido siempre presente a mi familia, a mis hermanos, a la humanidad entera. Orar, pues, es una forma de hablar contigo y al mismo tiempo de estar conectado con los seres humanos, aunque no se den ni cuenta.

Me queda sólo decirte, Señor, gracias, por estos ratos tan bellos pasados en tu corazón de Padre, al que con toda confianza he abierto el mío, pobre y débil, pero con ganas de amarte siempre.

Con afecto, Felipe Santos, Salesiano

Málaga- diciembre-2006

# ¿Por qué orar con los Salmos?

¿Por qué ha elegido la Iglesia hacer de los Salmos su oración diaria? ¿Cómo comprenderlos hoy y cómo pueden ser o convertirse en nuestras propias palabras?

Los salmos, palabra de Dios para nuestra oración

”No sabemos orar como es necesario.” Cuando san Pablo escribe a los Romanos (Rm 8, 26), añade en seguida: ”Pero el mismo Espíritu interviene en nuestro favor con gritos inexpresables.” Este mismo Espíritu ha inspirado ya la oración de los salmos en el coro de los judíos piadosos.

El libro de los Salmos está compuesto a lo largo de la historia del Pueblo de Dios, mucho antes de la venida de Jesús. Es un texto inspirado por el Espíritu Santo, una Palabra de Dios: en los salmos, la Palabra de Dios se convierte en la oración de los hombres (1). Las palabras de Dios nos proporcionan la misma oración.

Así dice el salmista: ”En mi boca ha puesto un canto nuevo, una alabanza a nuestro Dios” (Ps 39, 4). A este respecto, los salmos nos enseñan que rezar, no es ante todo dar rienda a la creatividad o espontaneidad ; se trata ante todo de acoger la Palabra de Dios para que nos moldee y llegue a ser nuestra oración.

Los salmos, oración de los hombres, Palabra de Dios, están también profundamente impregnados de la experiencia de los hombres, de todo hombre y de toda mujer.

La oración de los salmos no es nada cerebral, desencarnado. Son numerosos los versículos que permiten al salmista decir con toda verdad: ”Bendito sea su Nombre santísimo, todo mi ser” (ps. 102).He aquí algunos ejemplos : Mi alma tiene sed de ti, sin ti ti languidece mi carne (ps. 62), que mi oración llegue

ante ti como un incienso y mis manos como una ofrenda de la tarde (ps. 140), hacia ti levanto mis ojos (ps. 122), abro mis labios y mi boca anunciará tu alabanza (ps. 50), tu ley penetra en mis entrañas (ps. 39).

Al ser oración de todo hombre, los salmos lo son también. El sabio que se complace en la ley del Señor, susurra su ley día y noche (ps. 1), anima al pecador a que se confiese: sí, reconozco mi pecado, mi falta está siempre delante de ti (ps. 50).
El hombre maravillado quiere cantar al Señor mientras viva (ps. 103)y gritar de alegría por el Señor (ps. 94); encuentra al abrumado postrado ya sin fuerzas (ps. 37) porque su alma está saciada de desgracia y su vida al borde del abismo (ps. 87).

El alma ardiente se goza deseando la senda del Señor (ps. 83) y por eso suspira: Dios mío , tú eres el Dios al que busco desde el amanecer, porque mi alma tiene sed de ti (ps. 62); esta exclamación

resuena con el llanto del desalentado y dice: vuelve hacia mi tus ojos para que respire (ps. 38).

El que, confiado, se mantiene al abrigo del Altísimo y descansa a la sombra del poderoso (ps. 90) y guarda su alma silenciosa como un niño en brazos de su madre (ps. 130), escucha el grito del oprimido: Señor, ¡cuántos son mis adversarios que se levantan contra mí! (Ps. 3).

Sí, verdaderamente, los salmos, aunque nacidos en Oriente hace más de 25 siglos, expresan los dolores y la esperanza de los hombres de toda época y de toda región (2).

Los salmos son la oración de los judíos y la de Jesús, el más bello de los hijos de los hombres (ps. 44). El las recitó; las ha llevado a cabo sobre todo en su pasión y en su resurrección.

Los salmos son igualmente profecías que anuncian y permiten comprender la misión de Cristo.

El salmo 21 por ejemplo, que dice Jesús desde lo alto de la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?, anuncia la pasión hasta en detalle.
¿Y cómo expresar mejor el misterio de Cristo en la tumba y resurrección que con el salmo 15 : mi corazón exulta y mi alma se alegra, mi carne descansa confiada; no puedes abandonarme a la muerte, ni dejar a tu amigo ver la corrupción?
Pedro citará este salmo en su primer discurso después de Pentecostés para hablar de Cristo resucitado.

Los salmos, oración de la Iglesia, oración de todos y de siempre.

Oración de Cristo, sin ruptura con la tradición judía, pero alumbrados con su luz, los salmos se convierten en oración de la Iglesia.

Todavía hoy, los cristianos rezan con los salmos. La liturgia de todas las iglesias cristianas se sacia y enriquece abundantemente con los salmos.
Es el caso de la liturgia de las horas, tan importante en la oración de los sacerdotes, de los consagrados y de muchos laicos: por la tarde, por la mañana o al mediodía, como lo dice un salmo (ps. 54, 18)
Un ”antiguo” decía un monje joven: ”Entrar en la vida monástica, es entrar en la salmodia.”

Así, los salmos nos unen a la oración de los hombres y de las mujeres que han esperado y anunciado al Señor, a la oración de la Iglesia de todos los tiempos y a la oración del mismo Cristo.

Con toda la creación, tan a menudo asociada a la oración de los hombres mediante los salmos, sentimos la alegría de cantar al Señor estos cantos nuevos (ps. 95). Dios mismo los ha inspirado a sus amigos hace ya 25 siglos, para que todo ser viviente cante alabanzas al Señor. Alleluia (ps. 150).